



JOSÉ MANUEL MORA

*El señor T.*

Parábola moral a partir del Tartufo de Molière





*En el lugar de la representación, un grupo de hombres y mujeres conversan sentados frente al público acerca del Señor T mientras los técnicos del lugar ultimán la iluminación para la representación. Al fondo, una presencia luciferina —EL SEÑOR T.— acompañada de un elegante galgo negro reivindicada a través de sobretítulos la fe como antídoto a los demonios de nuestra contemporaneidad.*

MADAME.— No se respeta nada, ya nadie respeta a nadie, hemos perdido los valores que nos hacen humanos, todo el mundo grita y como todos mandan, en realidad no manda nadie. Dorina, amiga mía, eres una sirvienta deslenguada e impertinente. Mariana, nieta mía, te haces la discreta. Pareces tan melosa que empalagas. No conviene fiarse del agua mansa. Además, tienes unas inclinaciones que aborrezco. Y tú, Elmira, hija mía, deberías dar ejemplo a estos jóvenes. Eres derrochadora y no sabes cuánto me duele verte vestida así. La que sólo quiere agradar a su marido no necesita de tanto aderezo. Cleanto, escucha, te aprecio, de veras, pero te rogaría que dejaras de venir a esta casa. Los consejos que das no son apropiados para gente honrada como nosotros. Te hablo con franqueza. El señor T. es un hombre de bien y no voy a tolerar que se le critique solo porque pretenda conducirnos por el buen camino. Dorina, esta casa iría mucho mejor si siguieras el camino de sus piadosas palabras. Si el señor T no tolera que nadie visite la casa es por todo ese bullicio de los bailes que organizas. La gente murmura y hemos de pensar en las hablaturías. No podemos vivir inocentemente sin hacer daño a nadie. Sinceramente os digo que mi hijo no ha hecho cosa más prudente en su vida que recoger en su casa a este hombre devoto a quien el cielo ha enviado para enderezar nuestros extraviados espíritus. Todos lo rechazáis sólo porque os dice verdades. Del señor T. depende nuestra salvación.

DORINA.— Su hijo, Orgón, ha enloquecido desde que anda por ahí con el señor T. Le llama hermano, le quiere más que a su mujer. Es el único confidente de sus secretos y dirige todos sus actos; le distingue y le halaga. Siente más ternura por él que por una amante. En la mesa le sienta a su lado y le da los mejores bocados. Está enfermo de amor. Le admira. Sus actos le parecen milagros. Reconoce la forma de su cuerpo, su cintura, el color de su pelo y sus ojos, la forma de sus manos —esas manos grandes y fuerte—, adivinan su sonrisa

cautivadora en la zalamería de una mirada turbia y asiente a cada gesto de su amo. Sí, porque en realidad él es su esclavo. Pero yo, que tengo ya el corazón seco y duro como una piedra, soy capaz de mirarle con ojos fieros y descubrir el carmín de su impostura.

ORGÓN.— ¿Han pasado bien estos días? ¿Cómo anda la familia?

DORINA.— La señora anteayer estuvo con fiebre hasta la noche y con un dolor de cabeza como no puede usted imaginarse.

ORGÓN.— ¿Y el señor T?

DORINA.— Estupendamente. Gordo como un cebón.

ORGÓN.— ¡Pobre hombre!

DORINA.— Por la noche la señora no probó bocado.

ORGÓN.— ¿Y el señor T?

DORINA.— Engulló muy devotamente dos perdices y media pierna de cordero en salsa.

ORGÓN.— ¡Pobre hombre!

DORINA.— Su esposa pasó toda la noche sin poder cerrar los párpados. La fiebre le impedía dormir y tuvimos que velarla hasta que amaneció.

ORGÓN.— ¿Y el señor T?

DORINA.— Muy devotamente, de la cama a la mesa y de la mesa a la cama.

ORGÓN.— ¡Pobre hombre!

DORINA.— Su esposa, al fin, aceptó las pruebas sanguíneas y, después de varios calmantes, sintió algo de alivio.

ORGÓN.— ¿Y el señor T?

DORINA.— Muy devotamente, se bebió en el desayuno cuatro copas de vino.

ORGÓN.— Cleanto, te encantaría conocerle. Te sentirías... No sé cómo explicarlo... ¡Arrebatado! Es un hombre que... es un hombre... un hombre que... no sé cómo explicarlo... a su lado te sientes... protegido, quizás, a salvo. El que se instruye bien de sus lecciones disfruta de una paz profunda. Mira a todos como si fuesen, lo que verdaderamente somos, seres despreciables, estiércol, cenizas. Gracias a sus consejos mi vida ha cambiado. Él me ha enseñado a no tener afecto por nadie, ha apartado mi alma de toda amistad mediocre e interesada. Tanto es así que si yo viese morir a mi hermano, hijos, madre y esposa, no me espantaría de ello. Si hubieses visto cómo le conocí le adorarías tanto como yo. A diario iba a la iglesia y se ponía frente a

mí doblando las rodillas. Atraía los ojos de toda la congregación por el fervor con que elevaba a Dios sus plegarias. Exhalaba suspiros, ponía los brazos en cruz y besaba humildemente el suelo. No pude evitar sentirme atraído por esa fe y postrarme ante él para que aceptara lo que a partir de ese momento entendí como un deber: colmarlo de dones, sí, pero antes vino algo, sí, la mirada, eso es, una mirada, había algo turbio en ella, pero ahí sucedió todo, en la cosa turbia y pegajosa que sentí en su mirada, y le hice dones pero él siempre me devolvía una parte. “Hasta la mitad es demasiado”, decía, “no merezco su compasión”. Y si yo me negaba a tomarle el dinero, acudía a los pobres y lo distribuía entre ellos. Le acogí en mi casa y desde entonces todo prospera en ella.

CLEANTO.— Quizá... quizá no posea el poder de seducción del señor T pero sé diferenciar lo falso de lo verdadero. Hablo de esos charlatanes sueltos, devotos de plazuela cuya farsa sacrílega abusa impunemente y se burla de cuanto sagrado tienen los mortales. Son seres que, con el alma sometida al interés, hacen de la devoción su oficio, comprando créditos y dignidades a costa de afectado fervor. Me refiero a esas personas que con ardor corren por el camino del Cielo hacia su fortuna, pidiendo cosas a diario, implorantes, acalorados, vindicativos, artificiosos y de mala fe. A diferencia de ellos, los devotos de corazón no son fanfarrones de la virtud. No hay en ellos cábalas ni intrigas; y jamás se encarnizan contra el pecador sino contra el pecado. El señor T no es así. Te deslumbra su falso brillo. Y ahora, dime, ¿por qué aplazas la boda de Valerio con tu hija?

ORGÓN.— No lo sé.

CLEANTO.— ¿Tienes otra idea en la cabeza?

ORGÓN.— Puede ser.

CLEANTO.— Ningún obstáculo debe impedir el cumplimiento de tu promesa.

ORGÓN.— Según.

CLEANTO.— Valerio me ha pedido que te hablara del asunto. ¿Qué debo decirle?

ORGÓN.— Lo que quieras.

CLEANTO.— ¿Cuáles son tus deseos?

ORGÓN.— Los que el Cielo disponga.

CLEANTO.— ¿Es posible que haya un hombre con tal poder de seducción que pueda hacerte olvidarlo todo por él?

ORGÓN.— Mariana, acércate, quiero decirte algo.

MARIANA.— ¿Qué miras?

ORGÓN.— A ver si hay alguien que nos pueda oír. No hay nadie.

MARIANA.— Papá, está el público.

ORGÓN.— Ya. Pero el público ha pagado y, además, no nos oye. Mariana, tú tienes un carácter muy dulce y siempre te he querido, ¿lo sabes, verdad?

MARIANA.— Estoy obligada a ese amor paterno.

ORGÓN.— Bien dicho, hija. Y para seguir mereciéndolo tienes que contentarme. ¿Lo sabes, no?

MARIANA.— Lo sé, padre.

ORGÓN.— ¿Qué me dices de nuestro huésped?

MARIANA.— ¿El señor T?

ORGÓN.— Piensa bien lo que respondes.

MARIANA.— Diré lo que usted desee.

ORGÓN.— Di, pues, hija, que ese hombre conmueve tu corazón y que con tal de satisfacerme serías capaz de tenerle como esposo.

MARIANA.— ¿He oído bien, padre? ¿Quiere usted que diga que el señor T conmueve mi corazón y que querría verle convertido en mi esposo?

ORGÓN.— Eso mismo.

MARIANA.— ¿Por qué me hace decir usted esa impostura?

ORGÓN.— Quiero que la impostura sea verdad y para ti debería bastar que así lo quiera.

MARIANA.— ¿Quiere que...?

ORGÓN.— El señor T pertenezca a nuestra familia casándote con él.

DORINA.— Tú padre está bromeando, Mariana. No le hagas caso. Es la próstata que lo tiene imposible. Señor, ¿es posible que con esa cara de hombre sabio pretenda que su hija...? Su hija no se merece a un beato. Ese hombre tiene que pensar en otras cosas. Y, además, ¿a qué viene, con tanto dinero como posee, elegir un yerno pordiosero?

ORGÓN.— Su miseria es una miseria honrada que le eleva por encima de las grandezas. Ese hombre se ha dejado privar de sus bienes por desapego a las cosas temporales y amor a las eternas. Además, mi socorro le dará medios para recobrar su hacienda. Ahí donde le ves es un hombre de títulos.

DORINA.— Eso dice él. Pero quien abraza la inocencia de una vida santa no alardea tanto de títulos. ¿Sería usted capaz de entregar a su paloma a un hombre como ése? ¿No piensa en los inconvenientes de

esa unión? Sepa usted que el designio de vivir como esposa honesta depende de las cualidades del marido que se nos da. Porque es muy difícil ser fiel a cierta clase de maridos, y quien da su hija a un hombre al que ella aborrece es responsable ante el Cielo de las faltas que cometa.

ORGÓN.— Ya veo que quiere usted enseñarme a vivir.

DORINA.— Haría usted muy bien siguiendo mis consejos.

ORGÓN.— No perdamos tiempo, hija, con estos cuentos. Yo sé lo que te conviene. Es verdad que te he prometido a Valerio, pero se dice por ahí que es inclinado a jugar... A mí me parece un tanto libertino y no noto que frecuente las iglesias.

DORINA.— ¿Quiere que vaya a las mismas horas que usted como los que sólo van para que se les vea?

ORGÓN.— Este casamiento te hará feliz. Ya verás. El señor T es tan dulce... y así yo podré estar cerca de vosotros.

DORINA.— Lo que te aseguro que hará es engañarlo.

ORGÓN.— Haz el favor de callarse, Dorina.

DORINA.— Si no le estimara tanto...

ORGÓN.— No deseo que me estime.

DORINA.— Pero yo le conozco desde que era usted un comino y le estimo, señor, a pesar de usted mismo. No puedo verle expuesto a las burlas de...

ORGÓN.— ¡Haz el favor de callarse!

DORINA.— Es cargo de conciencia dejarle contraer tal alianza.

ORGÓN.— ¡Desvergonzada!

DORINA.— Me callo. Pero no por callar dejaré de pensar lo mismo.

ORGÓN.— Piensa lo que quiera pero no hable.

DORINA.— Es que me desespero.

ORGÓN.— Sin ser guapo, el señor T tiene algo... una luz...

DORINA.— Lo que tiene es muy buena jeta.

ORGÓN.— Hay un brillo en él...

DORINA.— Palomita, ¿no vas a decir nada? Si yo estuviera en tu lugar no habría hombre en la tierra que me casara impunemente a la fuerza.

ORGÓN.— Palomita, ¿harás caso de lo que dice tu padre?

DORINA.— Anda, abre esa boca, palomita.

ORGÓN.— ¿Se calla usted?

DORINA.— Pero, ¿de qué se queja si yo no hablo?

ORGÓN.— ¿Y qué es lo que hace?

DORINA.— Hablar sola.

ORGÓN.— Eso es hablar.

DORINA.— Hablar sola es otra cosa. Es algo más interior.

ORGÓN.— Hija mía, debes aprobar el deseo de tu padre y confiar en el marido que te he elegido... (A DORINA.) ¿Qué? ¿Ahora no habla?

DORINA.— Dime, Mariana, ¿has perdido el uso de la lengua y he de hablar yo por tí?

MARIANA.— ¿Qué quieres que haga con un padre tan absoluto?

DORINA.— Decir que los corazones no aman por los del prójimo; que te casas para ti y no para él; que puesto que el asunto es cosa tuya es a ti y no a tu padre a quien debe complacerle el marido; y, en fin, que si tan encantador le parece a tu padre su señor T, pues que se case con él que eso está hoy a la orden del día.

MARIANA.— Me ha dejado muda.

DORINA.— ¡Muda debería quedarme yo! ¿A ti te gusta Valerio, no?

MARIANA.— Mucho.

DORINA.— ¿Le amas?

MARIANA.— Mucho.

DORINA.— ¿Y los dos ardéis de deseo por...?

MARIANA.— Mucho.

DORINA.— ¿Y qué piensas hacer con esta otra unión?

MARIANA.— Matarme.

DORINA.— ¿Qué te vas a matar tú!

MARIANA.— Ten un poco de compasión.

DORINA.— No me compadezco de quien dice bobadas y luego se ablanda cuando llega la ocasión.

MARIANA.— Si soy tímida, ¿qué quieres?

DORINA.— El amor exige firmeza a los corazones.

MARIANA.— ¿Y no le correspondería esa firmeza para ganarme a Valerio?

VALERIO.— Te casas con...

MARIANA.— A mi padre se le ha puesto entre ceja y ceja...

VALERIO.— ¿A tu padre?

MARIANA.— Sí. Ha cambiado de miras y acaba de proponerme al...

VALERIO.— ¿Y cuál es tu deseo?

MARIANA.— ¿Cuál es mi deseo?

VALERIO.— Sí, ¿qué piensas?

MARIANA.— ¿Yo? No lo sé.

VALERIO.— ¿No lo sabes?

MARIANA.– No.

VALERIO.– ¿No?

MARIANA.– ¿Qué me aconsejas tú?

VALERIO.– ¿Es una pregunta?

MARIANA.– Claro.

VALERIO.– Pues yo te aconsejo que... que lo tomes como esposo.

MARIANA.– ¿De verdad?

VALERIO.– Se trata de una elección admirable...

MARIANA.– Entonces atenderé a tu consejo.

VALERIO.– Así no lo pienso.

MARIANA.– ¿No lo piensas?

VALERIO.– Así parece pensarlo tú.

MARIANA.– Ya veo que no te cuesta mucho trabajo.

VALERIO.– Lo he dado por satisfacerte, la verdad.

MARIANA.– Y yo lo seguiré por darte también satisfacción.

VALERIO.– ¿Eso es amar?

MARIANA.– ¿Esto es amar?

VALERIO.– ¿Así que me engañabas cuando...?

MARIANA.– Has dicho que debo aceptar al esposo que me ofrecen y yo francamente lo acepto.

VALERIO.– No. Ya habías tomado esta decisión y ahora te agarras a un pretexto frívolo para autorizar tu falta de palabra.

MARIANA.– Bien dicho.

VALERIO.– Jamás tu corazón ha sentido amor por mí.

MARIANA.– ¿Cómo te atreves a decir eso?

VALERIO.– Ya me encargaré yo de buscar un alma que acepte reparar lo que ahora pierdo contigo sin sentirse rebajada.

MARIANA.– Ya veo que te consuelas del cambio con facilidad.

VALERIO.– Haré todo lo posible. Y si no lo logro, fingiré; porque mostrar amor por quien te abandona es imperdonable cobardía.

MARIANA.– Bien dicho.

VALERIO.– Recuerda al menos que eres tú quién fuerzas a mi corazón a esta decisión.

MARIANA.– Sí.

VALERIO.– Me voy para toda la vida.

MARIANA.– Para toda la vida.

VALERIO.– ¿Eh?

MARIANA.– ¿Qué?

VALERIO.— ¿No me llamas?

MARIANA.— ¿Yo?

VALERIO.— Bien; me marchó. Adiós.

MARIANA.— Adiós.

DORINA.— ¡Hola, señor Valerio!

VALERIO.— ¿Qué quieres, Dorina?

DORINA.— Ven.

VALERIO.— No, no; que estoy muy ofendido.

DORINA.— Para.

VALERIO.— Lo he decidido.

MARIANA.— Sufre viéndome, y como mi presencia le incomoda, voy a dejarle el campo libre.

DORINA.— ¿Y tú adónde vas?

MARIANA.— Déjame.

DORINA.— Para.

MARIANA.— No, no; que estoy muy ofendida.

VALERIO.— Sufre viéndome, y como mi presencia le incomoda, voy a dejarle el campo libre.

DORINA.— Dejad de hacer teatro y venid todos aquí.

VALERIO.— ¿Qué te propones?

MARIANA.— ¿Qué quieres hacer?

DORINA.— Impedir ese desastroso matrimonio.

MARIANA.— ¿Cómo?

DORINA.— Bromeando, aparentando, consintiendo, aparentando consentir, dilatando la apariencia, fingiendo la broma, instigando, convenciendo, poniendo de nuestra parte, dibujando malos augurios, encontrando a un muerto, soñando con agua hirviendo y deteniendo al tiempo. Que, quien tiempo tiene, todo lo remedia.

*Los técnicos del teatro ultiman la iluminación. EL SEÑOR T. acompañado de su elegante galgo negro avanza hacia el público.*

SEÑOR T.— Buenas noches. Me alegra veros aquí, en este montaje de NOMBRE DE LA COMPAÑÍA. Permitidme compartir con vosotros el siguiente pensamiento: ¿quién es realmente el Señor T? ¿Qué pensaríais de él, NOMBRE DEL ACTOR, nacido en CIUDAD DE NACIMIENTO DEL ACTOR, el DÍA de MES del AÑO, y residente en CIUDAD, ahora encarnado en el Señor T, doctor en

Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca y gran cono- cedor de la obra agustiniana, qué pensaríais si os dijera que, aquí y ahora, un humilde servidor de Dios, podría facilitaros la vida eterna? No nos engañemos. La mayoría de los aquí presentes posee un trabajo fijo en la administración con dos pagas extras, una vi- vienda en propiedad fruto del trabajo de nuestros antecesores, una casa cerca del mar, hijos fuertes, sanos y bien educados que seguirán (o mejor dicho repetirán) vuestros pasos en la tierra, seguros médi- cos, influencias, éxitos, una vida plastificada a golpe de talón y una piel tersa fruto de la más alta cosmética. Pues bien, ¿qué pensarían ustedes si el señor T os dijera que, en verdad, nada de lo que poseéis importa porque todo se puede vender y comprar y, por tanto, todo es perecedero? Pensadlo fríamente, ¿de qué os sirve el éxito en la tierra si careceréis de gloria en el cielo? ¿De qué os sirve el pan del que os alimentáis si carecéis del espíritu de Dios? Aún no lo sabéis pero yo estoy hoy aquí, con vosotros, en el teatro, para salvaros. Ya habéis sido vendidos al señor T. Renunciad, pues, a vuestra vida material. Mortificad vuestro cuerpo y entregaros a la vida verdadera que nada tiene que ver con lo que permanece en la tierra.

*El galgo negro de EL SEÑOR T. ladra palabras incomprensibles. Suena My way de Scd Viciou.*

ORGÓN.— (*A los espectadores.*) Os lo confieso. A mí el señor T. me la pone dura. A veces, sobre todo cuando paso mucho tiempo aquí, en el teatro, con todos estos, con mi familia, me entra una tristeza muy grande, siento el corazón pesado y no sé qué hacer, con la tristeza, quiero decir. Desde que conocí al señor T nada de eso importa. Re- paso todos los acontecimientos del día antes de dormir al lado de Elmira, reconozco, soy capaz de reconocer aquello que me provoca la tristeza, no es nada concreto y a la vez es todo, pero luego, cuando pienso que al día siguiente volveré a oír las palabras del señor T., volveré a oírle hablar, entonces, sólo entonces, la tristeza desaparece, o se queda ahí, en un agujero negro, y ya no pesa tanto y, os lo reco- nozco, en ese momento se me pone dura.

CLEANTO.— Ha enloquecido. Voy a tener que llevarlo a un psiquiatra.

DORINA.— Tranquilo. Orgón no siempre hace lo que piensa. Es mejor que dejes hacer a Elmira. Tiene influencia sobre el deseo del señor

T, que siempre se muestra complaciente con todo lo que ella dice. Es probable que tenga el corazón roto por la señora. Ella le preguntará sobre la boda que tanto nos quita el sueño.

CLEANTO.— Debo estar presente.

DORINA.— Será mejor que despachen a solas.

CLEANTO.— No diré nada. Lo veré todo sin enfadarme.

TARTUFO.— ¿Qué quiere usted?

DORINA.— Decirle...

SEÑOR T.— Haz el favor, Dorina, de coger este pañuelo antes de hablarme.

DORINA.— ¿Para qué?

SEÑOR T.— Para cubrirse esa teta cuya vista no puedo soportar. Cosas así lesionan las almas.

DORINA.— ¿Tanta impresión le provoca una teta?

SEÑOR T.— No soporto su teta, Dorina.

DORINA.— Ya veo que se le sube el calor a la cara. Yo, en cambio, podría verle desnudo de arriba abajo sin inmutarme.

SEÑOR T.— Hable con más respeto si no quiere que me marche.

DORINA.— Soy yo quien le deja tranquilo. La señora quiere hablarle.

SEÑOR T.— El Cielo le sea siempre propicio, le dé salud de cuerpo y alma y bendiga sus días tanto como lo desearía el más humilde de aquellos que viven inspirados por el amor celestial.

ELMIRA.— ¡Qué barbaridad! ¡Qué facilidad de palabra!

SEÑOR T.— ¿Se siente más recuperada?

ELMIRA.— Del todo. La fiebre pasó muy pronto.

SEÑOR T.— Sepa usted que cada una de mis plegarias ha ido dirigida a su recuperación.

ELMIRA.— Se preocupa en exceso por mi salud.

SEÑOR T.— Hubiese dado gustoso la mía por restablecer la suya.

ELMIRA.— Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana.

SEÑOR T.— Hago menos de lo que usted merece.

ELMIRA.— Ábrame su corazón sin ocultarme nada.

SEÑOR T.— Tampoco yo quiero otra cosa. Y le juro que los comentarios que he hecho sobre las visitas que recibe son por puro celo...

ELMIRA.— Usted se toma mi salvación muy en serio...

SEÑOR T.— Lo hago por exceso de celo, no por causarle daño. Antes me lesionaría... (*Le apoya la mano en la rodilla.*)

ELMIRA.— ¿Qué hace?

SEÑOR T.— Tocaba su vestido. Una tela muy suave...

ELMIRA.— Por favor.

SEÑOR T.— ¡Dios mío, qué buen género! ¡Nunca he sentido un tejido de esta calidad!

ELMIRA.— Dicen por ahí que mi marido quiere retractarse de su palabra y casar a nuestra hija con usted. ¿Es cierto?

SEÑOR T.— Algo me han dicho, pero, en verdad, no es eso lo que me quita el sueño...

ELMIRA.— Claro como usted no ama las cosas terrenales...

SEÑOR T.— Pero mi corazón no es de piedra.

ELMIRA.— Pues yo creía que aquí abajo nada atraía su interés...

SEÑOR T.— El amor que nos inclina a las cosas eternas no ahoga en nosotros el amor a las temporales. Es fácil que nuestros sentidos se hechicen ante las obras perfectas de Dios. En las mujeres se reflejan los atractivos del Cielo, que ha expuesto en usted sus maravillas más insólitas, derramando sobre su faz bellezas que sorprenden a mis ojos. No puedo observarla sin admirar en usted a Dios.

ELMIRA.— ¡Qué barbaridad! ¡Qué facilidad de palabra! ¡Cómo habla usted! Así tiene a Orgón, ¡loco! ¿No teme usted que fuera yo a contarle todo esto a mi marido?

SEÑOR T.— Mire su cuerpo. Se indulgente. No estoy ciego y el hombre es carnal.

ELMIRA.— Miraré mi cuerpo y seré indulgente. Pero, a cambio, le pido que aconseje usted con franqueza la unión de mi hija con Valerio.

CLEANTO.— Querido cuñado, verá, he sorprendido al señor T confesando a su esposa cierto tipo de amor... cómo decirle... un amor... culpable. Como ella es muy discreta, me parece a mí que quiere guardar el secreto a toda costa; pero entiendo que callándome le ofendería.

ORGÓN.— ¿Es cierto lo que acabo de oír?

SEÑOR T.— Sí, hermano mío: soy un delincuente, un culpable, un desgraciado, el mayor malvado que nunca se haya visto. Cada instante de mi vida está cargado de máculas. Mi vida es un conjunto de crímenes y suciedades. El Cielo, para castigarme, quiere mortificarme en esta ocasión. Pero no tendré el orgullo de defenderme. No. Crea usted en lo que le dicen, ármese de cólera, y arrójeme de su casa como a un criminal porque, en el fondo de mi corazón, eso es lo que merezco.

ORGÓN.— ¿Cómo te atreves, malnacido, a hablar así del alma de este hombre?

CLEANTO.— ¿Cómo se deja engañar, cuñado, por la fingida mansedumbre de este hipócrita? ¿Cómo puede estar a su edad tan ciego por un hombre?

ORGÓN.— Calla, peste maldita.

SEÑOR T.— ¿Por qué es usted tan bueno conmigo? Veo que ama la imagen que se ha formado usted de mí pero no se deje engañar por las apariencias. Lo que usted ama sólo es una imagen. Le aseguro que soy lo que se piensa, todos me toman por hombre de bien pero no valgo nada. (*Se dirige a CLEANTO.*) Hable usted, trátame de pérfido, de infame, de ladrón, de homicida, de pervertido, de buscador de basura, sí, eso es lo que verdaderamente soy, un buscador de basura, pero debéis saber que toda esa basura que encuentro y os muestro, no es más que la inmundicia que el hombre deja a su paso por la tierra. Esa basura también os pertenece a vosotros. Pero yo estoy dispuesto a cargar con ella. De rodillas quiero recibir esta humillación como sacrificio a la basura que el hombre deja a su paso por la tierra.

ORGÓN.— Basta, hermano; esto es demasiado.

CLEANTO.— ¿Pero cómo le puede seducir su discurso hasta el punto...?

ORGÓN.— Levántese, hermano.

CLEANTO.— ¿Es posible...?

ORGÓN.— No digas una palabra si no deseas que te rompa la cara.

SEÑOR T.— No se enfurezca, hermano, por Dios.

ORGÓN.— ¡Qué ingrato!

SEÑOR T.— Si quiere usted le pido perdón de rodillas...

CLEANTO.— Por favor...

ORGÓN.— Silencio. Se acabó. Sé la razón que te lleva a injuriarle. Todos le odiáis. Todos queréis que este hombre salga de mi vida pero cuanto más hagáis para expulsarle, con mayor fuerza desearé tenerle a mi lado. Mi hija Mariana se casará con el señor T.

CLEANTO.— ¿Piensa casar a su hija con este hombre?

SEÑOR T.— Si se hiciera usted una idea de cuánto sufro cada vez que alguien trata de afean mi conducta frente a usted... Ya veo los problemas que le estoy causando y me parece que lo mejor sería que abandonara su casa.

ORGÓN.— ¿Está bromeando? Yo, aquí, sin usted, con todos ellos, me sentiría muy... no sé... Le necesito, hermano, y sin sus palabras, sin la paz que usted provoca en mí, me refiero al efecto que ejerce en mí,

sólo es eso, y nunca será otra cosa, pero sin esa paz yo terminaría haciendo una locura.

SEÑOR T.— Me aborrecen los suyos y quieren hacerle sospechar de mi lealtad.

ORGÓN.— ¿Y qué importa eso frente a la pureza de nuestro vínculo?

SEÑOR T.— Las mismas historias y argucias que ahora rechazas las puedes aceptar en otra ocasión.

ORGÓN.— Nunca, hermano mío.

SEÑOR T.— A una mujer le es fácil sorprender el alma de su marido.

ORGÓN.— No a un hombre de alma noble y pura.

SEÑOR T.— Permítame que alejándome de usted evite que me dañen.

ORGÓN.— Yo le protegeré.

SEÑOR T.— Usted también sufrirá las consecuencias del daño.

ORGÓN.— Te quedarás.

SEÑOR T.— Me iré.

ORGÓN.— Mi vida está en juego.

SEÑOR T.— La exigencia es grande. En cualquier momento hemos de estar preparados para que exijan de nosotros lo máximo. En caso de que no cumplamos esa exigencia, si no somos lo suficientemente valientes para enfrentarnos a las cuestiones últimas, viviremos en la apariencia, sin verdad y profundidad. Si usted está dispuesto a que yo le exija lo máximo en determinadas cuestiones vitales, entonces, sólo entonces, me sacrificaré y me quedaré.

ORGÓN.— Quiero que frecuente usted a mi mujer y que, a pesar de lo ocurrido, todos puedan verle con ella. No deseo otro heredero que usted. Reniego de mi hija. Mariana le pertenecerá. ¿Acepta?

SEÑOR T.— Hágase su voluntad en el cielo.

MARIANA.— Padre, no me destruya la vida que me ha dado. Si me aparta del hombre al que amo, al menos ten la bondad de salvarme del tormento de ser de un hombre al que aborrezco. No me incomoda su amor por él. Es más, puedo llegarlo a entender. Pero no ejerza su poder sobre mí. Regálele su hacienda y si eso no fuera suficiente añada usted mi parte. Pero no extienda la dote a mi cuerpo.

ORGÓN.— Cuánto más te repugne el hombre al que amo, más méritos harás para que te entregue a él.

DORINA.— Pero, ¿cómo se atreve usted...?

ORGÓN.— Te prohíbo en redondo que digas una sola palabra.

ELMIRA.— No puedo creer lo que veo. Me admira tu ceguera. Muy enamorado has estado para no ver nada de lo que ocurre a su alrededor.

Ojalá me hubieras querido a mí tan solo...

ORGÓN.— No, Elmira, por ahí no.

ELMIRA.— Me admira tu debilidad. Eso es todo. Pero ¿qué dirías si te hiciera ver la verdad?

ORGÓN.— ¿La verdad? ¿Acaso hay una verdad?

ELMIRA.— Sí.

ORGÓN.— ¡Cuentos!

ELMIRA.— ¿Y si encuentro la manera de que lo veas con toda claridad?

ORGÓN.— ¡Cuentos sin fundamento!

ELMIRA.— No te pido que confíe en nosotros. Sólo que me permitas mostrártelo.

ORGÓN.— ¿Por qué habría de hacerlo?

ELMIRA.— ¿Por el tiempo que llevamos juntos? ¿Porque a mi marido se le pone dura cuando oye hablar a un desconocido que conoce en la iglesia, que le ha absorbido el cerebro y le promete la salvación de su alma? ¿Porque he de aguantar todo eso en mi propia casa? ¿Porque es la felicidad de nuestra hija la que está en juego? ¿Porque...

ORGÓN.— No sigas, por favor.

ELMIRA.— ¿Qué dirías si lo vieras con tus propios ojos?

ORGÓN.— No diría nada porque es imposible.

ELMIRA.— ¿Qué dirías?

ORGÓN.— Está bien. Si te quedas más tranquila, adelante, muéstramelo.

ELMIRA.— Hazle venir.

DORINA.— Ese hombre es un lince y quizá le resulte difícil desenmascararlo.

ELMIRA.— Siempre se es fácilmente engañado por lo que se ama, y el amor propio nos inclina a engañarnos a nosotros mismos. (A CLEANTO y MARIANA.) Decidle que venga.

ELMIRA.— Voy a hacer, mediante dulzuras, que esa alma hipócrita se quite la máscara, voy a lisonjear los desvergonzados deseos de su corazón y a dar campo libre a sus temeridades. Cuando mi alma finja ceder a sus ansias, yo cesaré en mi obra tan pronto como tú lo desees. Orgón, a ti te corresponderá detener su ardor cuando te creas vencido.

SEÑOR T.— ¿Quiere usted hablarme?

ELMIRA.— Sí. Mi marido no tiene recelo alguno por usted hasta el punto de desear que nos sigamos viendo. Por eso puedo, sin temor a ser criticada, estar aquí, encerrada, a solas con usted, abrirle mi corazón e incluso tolerar sus ardores.

SEÑOR T.— Me cuesta comprenderla, señora. Hace poco hablaba usted de otro modo.

ELMIRA.— Cuando he querido forzarle a que renunciara al casamiento de mi hija... Este comportamiento ha tenido que hacerle comprender el interés que le tengo y el disgusto que me causaría compartir su corazón.

SEÑOR T.— Discúlpeme pero no la creo. Sus palabras son un honrado artificio para obligarme a romper la boda de su hija y separarme de su marido. Y voy a serle muy franco: no me fiaré de sus dulces palabras si no me garantiza lo que anhela mi corazón.

ELMIRA.— ¿No le basta lo que le digo? ¿He de llegar hasta los últimos favores para satisfacerle?

SEÑOR T.— Nada creeré de lo que diga, señora, mientras no haya convenido con realidades mi deseo.

ELMIRA.— ¡Con qué violencia me busca!

SEÑOR T.— Míreme a los ojos.

ELMIRA.— En ningún momento he dejado de mirarle.

SEÑOR T.— ¿Qué ve?

ELMIRA.— ¡Lo que usted quiere ofende al cielo!

SEÑOR T.— Si sólo es el Cielo lo que se me opone, poca cosa es para mí eliminar ese obstáculo.

ELMIRA.— ¡Nos infunden tanto terror con los decretos del Cielo!

SEÑOR T.— Yo puedo disipar esos temores. Yo sé, señora, el arte de apartar esos escrúpulos. Es verdad es que el Cielo da ciertas satisfacciones, pero existen pactos con él, acuerdos, que nos pueden hacer la vida más fácil. Es ciencia saber extender, según las necesidades, los lazos de nuestra conciencia, rectificando lo malo del hecho con lo puro de la intención. Yo sabré instruirla en estos secretos, señora. Déjese guiar. ¿Qué le ocurre?

ELMIRA.— La ansiedad, que es muy mala.

SEÑOR T.— ¿Necesita algún ansiolítico?

ELMIRA.— No, no, gracias. Ya tomo lo mío.

SEÑOR T.— Tiene que tener usted cuidado. Son muy adictivos.

ELMIRA.— Míreme a los ojos.

SEÑOR T.— No he dejado de hacerlo desde que la conocí.

ELMIRA.— ¿Y qué ve?

SEÑOR T.— Que su escrúpulo es fácil de destruir. El mal no es más que el escándalo que promueve. Sí; y el escándalo es lo que produce la ofensa. Pecar sin que nadie se entere.—no deje de mirarme a los ojos, señor.— no es pecar. El mal no es más que un punto de vista.

ELMIRA.— Por favor, abra esa puerta y mire usted si está mi marido escuchando.

SEÑOR T.— No merece la pena. Su marido, hablando entre nosotros, es muy fácil de convencer con las palabras. De todas nuestras conversaciones él sólo hará elogios; le he puesto en un punto en el que es capaz de verlo todo y no creer nada.

ELMIRA.— No importa. Por favor, salga usted un momento y asegúrese de que nadie nos espía.

ORGÓN.— No sé qué decir.

ELMIRA.— Escóndete de nuevo y espera al final para que puedas ver realmente las cosas como son.

ORGÓN.— Quizás eso sea...

ELMIRA.— No te apresures en juzgarle.

ORGÓN.— Quizás eso sea el amor.

ELMIRA.— ¿Qué?

ORGÓN.— Verlo todo y no creer nada.

SEÑOR T.— Estoy feliz. Estamos solos. Nadie nos ve. Mi alma: radiante de felicidad. Elmira, ahora que estamos solos, hagamos por fin el amor delante del público.

ORGÓN.— ¡Cuidado, hermano! ¡No te dejes llevar por los ardores! ¡Cómo sucumbe tu alma a las pasiones! ¡Así que me querías deshonor casándote con mi hija para poseer a mi mujer! Me ha costado mucho creer lo que me decían todos... Pero ahora que lo veo con mis ojos... Esto es lo que me hubiera gustado decirle pero en realidad no dije nada de eso. Me quedé allí quieto, queriendo ser él, observando admirado cómo hacía el amor con Elmira y pensando: has venido a esta casa para destruir. ¿Qué has destruido en mí? Has destruido simplemente la idea que he tenido siempre de mí mismo. Si hace mucho tiempo que he asumido la forma que debía asumir y mi figura era, en cierto modo, perfecta, ¿qué me queda ahora? Nada me devuelve mi identidad. Sin embargo, ¿cómo puede parecerme tan pura y consoladora tu presencia hasta el punto casi de provocar en mí una clara

voluntad de desapego de todo el que me rodea? Si no fueras sólo un símbolo, me exhortarías a la perdición total, al desquiciar de la vida misma, a mantenerme fuera del orden y del mañana, a vagar entre tinieblas como si eso fuera la normalidad. ¿Quizá porque quien te ha amado debe poder reconocer a toda costa la vida en cada momento y son las excepciones más impensables, más alejadas de la posibilidad de ser concebidas y nombradas, las que nos ayudan a reconocer la verdadera vida? Hermano, sal de mi casa. Ahora. No quiero volver a verle nunca más entre los míos.

SEÑOR T.— Es usted quien ha de salir de ella o acatar mis exigencias. Me habla como si fuese el amo pero esta casa y todos los que viven ella me pertenecen. Usted no es nada sin mí. Ya no valen de nada todos esos subterfugios y juegos teatrales que habéis inventado para justificar mi presencia entre vosotros. Me necesitáis. No sabéis lo que hacéis injuriándome. Puedo confundir y castigar la impostura. Hacer que se arrepienta y humille el que ahora habla mal de mí porque yo, un desconocido, el señor T., tengo el poder del cielo.

*Una manda de galgos negros enfurecidos inundan de ladridos el escenario del Teatro Calderón al ritmo de I put a spell on you de Marilyn Mason.*

ORGÓN.— Desde hoy renuncio a todos los hombres honrados.

MADAME.— ¿Qué ha pasado aquí? No puedo creer lo que me han contado.

ORGÓN.— Ya ves el precio con el que me pagan mis cuidados. Recojo a un hombre en su miseria, le alojo en mi propia casa, le cuido como a mi propio hermano, le colmo de beneficios cada día, le entrego mi hija y toda mi hacienda... Y el infame seduce y se acuesta con mi mujer. Y, no contento con todas esas vilezas, me amenaza con mis propios beneficios, empleando, en ruina mía, las ventajas de mis imprudentes bondades. En verdad, desea privarme de los bienes que le he regalado y reducirme a la condición de la que le salvé.

MADAME.— No puedo, creer, hijo mío, que el señor T. haya cometido algo así.

ORGÓN.— ¿Cómo?

MADAME.— A los hombres honrados siempre se les envidia.

ORGÓN.— ¿Qué quieres decir con eso?

MADAME.— Que en tu casa se vive de un modo muy singular y bien sabemos el odio que todos sienten por el Señor T.

ORGÓN.— ¿Qué tiene todo esto que ver con lo que te estoy diciendo?

MADAME.— En este mundo la virtud siempre será perseguida. Mueren los envidiosos, la envidia jamás.

ORGÓN.— Pero, ¿qué relación guardan todas esas razones con lo sucedido?

MADAME.— Te deben de haber dicho tantas cosas del Señor T...

ORGÓN.— Madre, yo mismo lo he visto.

MADAME.— Las lenguas siempre tienen venenos que derramar y no respetan nada en este mundo.

ORGÓN.— Lo he visto. Lo he visto. Te digo que yo mismo lo he visto.

MADAME.— Las apariencias engañan...

ORGÓN.— Por Dios...

MADAME.— Y no siempre se puede juzgar por lo que se ve.

ORGÓN.— Madre, ¡por favor!

MADAME.— La naturaleza está sometida a falsas sospechas y muy a menudo se interpreta el bien como mal.

ORGÓN.— ¿Debo considerar una virtud el deseo de querer follarse a mi mujer en mi propia casa?

MADAME.— Para acusar a la gente se necesitan causas justas. Debes esperar a estar seguro de los hechos.

ORGÓN.— ¿Querrías que para asegurarme hubiera espero a...? Esto es el colmo.

MADAME.— ¿Cuántas noches no te has detenido ante la habitación del Señor T. invadido por un pensamiento súbito? ¿Cuántas veces no te has dejado guiar por la inseguridad y, sin pensarlo dos veces, has abierto la puerta de su habitación? ¿Cuántas veces no has descubierto la luz del amanecer que penetra por las hendiduras de la persiana y dibuja la vida del cuerpo del Señor T.? ¿Cuántas veces no has deseado entrelazarte con ese cuerpo? ¿Cuántas veces no te has vuelto corriendo como un ladrón a tu habitación, despertado a Elmira y exigido hacerle el amor apretándote a su vientre y besándole el pecho de una forma ridícula? ¿Cuántas veces no has hecho todo esto, Orgón?

ORGÓN.— Si no fueras mi madre, te escupiría a la cara.

MADAME.— Si nunca quisiste creer, no les exijas ahora a los demás que te crean.

ORGÓN.— Has perdido la cabeza.

MADAME.— Si tú has enloquecido por el Señor T, no debería extrañarte tanto que ahora...

ORGÓN.— ¿Sí?

MADAME.— Que ahora todos nosotros...

ORGÓN.— ¿Todos vosotros?

MADAME.— Sintamos...

ORGÓN.— ¿Sintáis?

MADAME.— Una especie de...

ORGÓN.— ¿De?

MADAME.— Hay algo extraño...

ORGÓN.— ¿Extraño?

MADAME.— A su lado...

ORGÓN.— ¿A su lado?

MADAME.— Nos sentimos...

ORGÓN.— ¿Os sentís?

MADAME.— Protegidos.

ORGÓN.— ¿Protegidos?

MADAME.— Sí. A salvo. Con el Señor T. nos sentimos a salvo.

CLEANTO.— A mí, en verdad, me gustaría...

ORGÓN.— Cleanto, por favor, haz algo...

CLEANTO.— A mí me gustaría que se reestableciera entre ustedes —por el bien de todos— una manera de reanudar vuestros pactos. Una nueva forma de vivir.

ORGÓN.— ¿Cleanto? ¿Te ocurre algo? ¿Qué estás diciendo?

CLEANTO.— La mirada, eso es, en su mirada, había algo turbio en ella, y ahí sucedió todo, en esa cosa turbia y pegajosa que sentí en su mirada...

ORGÓN.— Elmira, mi amor...

ELMIRA.— ¿Mi amor?

ORGÓN.— Haz algo, te lo suplico...

ELMIRA.— De haber sabido que el Señor T. me ayudaría a encontrar el sentido de mi vida no hubiese dado motivo a todas estas inquietudes...

ORGÓN.— ¡Dios! ¿Qué estáis haciendo conmigo? ¡Dorina! Por favor, ayúdame.

DORINA.— Señor, castígame por haber dudado del Señor T. El milagro que tanto ansiábamos se ha producido.

ORGÓN.— ¿Qué milagro?

CLEANTO.— Ahora todos creemos.

ORGÓN.— ¿Qué os pasa en los ojos? Os brillan... Dios... Dios mío, ten piedad de mi alma y líbrame del mal.

ELMIRA.— Fui yo la que me bajé la falda. No lo pude remediar y me ofrecí entera. Al principio me sentí culpable por no sentirme culpable. Lloré. Y el Señor T. me secó las lágrimas con sus dedos. Luego se lo besé con la humildad de una perra. Nada se opone a mi amor. Orgón, has de someterte a los demonios que tú mismo nos has creado.

CLEANTO.— Has de llegar a un pacto.

MADAME.— El Señor T. nos ha traído la salvación. ¡Dios salve al Señor T.!

CLEANTO.— ¡Dios salve al Señor T.!

ELMIRA.— ¡Dios salve al Señor T.!

DORINA.— ¡Dios salve al Señor T.!

SEÑOR T.— (*Al espectador.*) ¿Cree usted en los milagros? ¿Quién los hace? ¿Dios? ¿Por qué? ¿Por qué no a todos o a través de todos? ¿Cree usted que Dios sólo hace milagros a quien cree o a través de quien cree de verdad? Si Dios se revelara a usted con un milagro, ¿cree que su naturaleza se alteraría? ¿Piensa que habría un cambio en usted? En ese caso, ¿qué sería más importante: el milagro mismo o el cambio ocurrido en la naturaleza humana a cambio del milagro? ¿Cree usted en el milagro del Señor T.? ¿En qué consiste realmente el milagro? ¿En hacer que todos se sometan a la voluntad del Señor T.? ¿Quién es realmente el Señor T.? ¿Qué hay en todos vosotros del Señor T.? ¿Por qué quien realmente creía, Orgón, ahora está solo y quienes detestaban creer ahora se entregan con fervor a la comunión con el Señor T.? ¿Dónde está realmente Dios? ¿En los hombres que viven para Dios y se olvidan del hombre o en los hombres que, viviendo para los hombres, se olvidan de Dios?

*Comunión de todos con EL SEÑOR T. y mortificación pública del cuerpo sagrado de ORGÓN.*

FIN